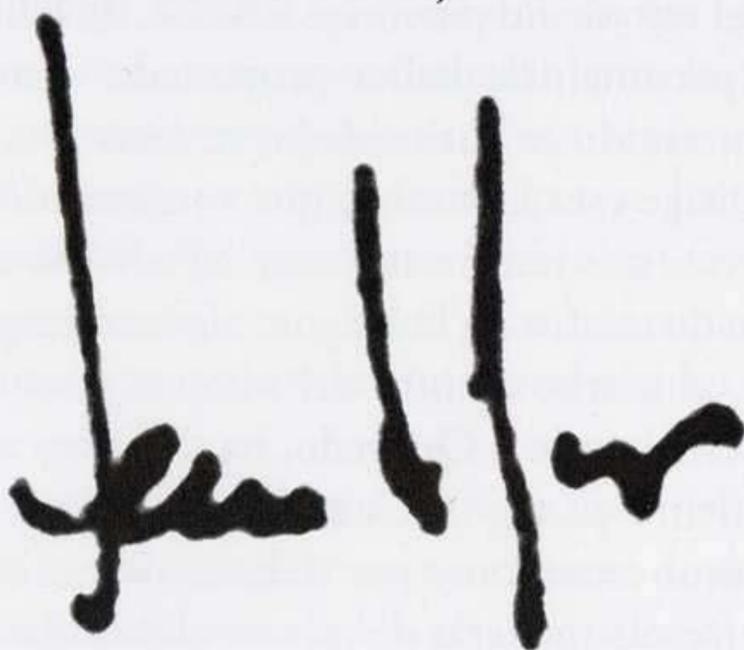


## MENTIRAS IMPOSIBLES

Vicente Tortajada



La oportunidad que, a instancias de la revista *LITORAL*, tengo de referirme al escritor Felipe Benítez Reyes consigue que centre en unos folios la turbamulta contradictoria que produjo en mí la aparición del libro de poemas del Sr. Benítez titulado *Vidas Improbables* (1ª edición, Colección Rusadir de Visor, 1994; 2ª edición, Visor, Madrid, 1995). Luego, al poco, concedieron a esta obra no sé si el Nacional o el de la Crítica, uno de los dos.

A mí, como comprenderán, la vida de cualquier escritor, como la de un fontanero o un trapealista, lógicamente me importa un comino: allá cada cual; pero la obra es un testamento público, y en tanto que tal, *tota pulchra*, esto es: un buen libro de poemas, un desatasque definitivo de lavabo, un volatín que lleve al bucle y que vaya de él al triple salto sin red y con las fieras debajo. A tal respecto, bástele al lector con saber que el diletantismo y la flema que caracterizan a este autor lo sitúan claramente entre un Bertie «Stick-steak» Bruster y un Teddy «Cleanhead» Treadway; pienso que este simple dato ya da idea sobrada de su catadura moral.

Y es que, estimados amigos y lectores, *Vidas Improbables* no fue un libro sobre eso. No, no lo era; es decir, no un compendio de poemas de autores sobre cuya realidad física o intelectual no existiesen pruebas tangibles, o documentos fehacientes de su paso por la vida civil. Es indudable que el escritor Felipe Benítez Reyes usó todos los ardides para perjudicar al lector en tal sentido: que si un poeta o tenía muchos poetas dentro o no era poeta ni nada —así, como quien lava y no enjuaga—, citando al final del volumen —blasfema e irreverentemente— a D. Antonio Machado, en abono de semejante

tesis; que si se trataba de una galería de apócrifos... Pues bien, no hay tales galerías ni apócrifos ni abonos ni nada de lo que el libro anuncia. Les explico.

Ya el desesperado encargo de la mafia que con precisión ejecutó Benítez Reyes, y que supuso el frío asesinato en Valladolid del licenciado Eligio Rabanera —irrestitible herida en nuestra memoria su cuerpo flotando en el Esgueva— le reportó el libro de heterónimos *El Sindicato del Crimen. Antología de la poesía dominante* (Ed. LA GUNA, Argamasilla, 1994), como recompensa al pistolero, y en cuyas páginas, como es fácil de observar, no es que los supuestos antologados —se vieron obligados por la Dirección del Sindicato a prestar sus nombres: francmasones: *noblesse oblige*— se muestren clónicos, es que todos, absolutamente todos los poemas fueron escritos por el asesino de Rabanera, por el propio Benítez Reyes. Por otra parte, poemario este al que no supo dar unidad de estilo: un clónico cazado en flagrante *contradictio*.

Al comienzo de estos renglones adjetivo de «escritor» —así, *lato sensu*— a Benítez Reyes, y es que —poeta y novelista, ensayista y articulista— en el tomo de *Vidas Improbables* se nos apareció —siempre presente la lógica mendacidad inherente al modo amoral de conducirse este tipo— como erudito de inesperada valía y exquisito antólogo, al enseñarnos en un breve aunque precioso muestrario las joyas de sus verdaderos maestros. ¿Mentiras en *Vidas Improbables*? Sí, y muchas; pero las hemos descubierto.

El escándalo del que suscribe se suscitó, al principio y en concreto, ante el caso de Lucas Villalba, debido al esbozo biobibliográfico que precede a los fragmentos seleccionados del poema de Villalba; en esa breve nota cita Benítez Reyes al profesor inglés Roy Buchanan, ya desaparecido —en circunstancias lamentables que no son de referir— y, por tanto, imposibilitado ya para refutar las falacias que el Sr. Benítez puso en su boca, mientras ocultaba cuidadosamente cualquier referencia al completísimo trabajo de Michael Cuscuna, *Tippin' The Scales* (Blue Note Press, NY, 1982), en el que en escalas espirales que unas a otras se superponen, el estudioso californiano nos va mostrando la verdad de este «psicho Villalba» —como le llega a definir—, desnudándonos el alma y la poesía de un redivivo y terrible reverendo Dobgson, aunque —así lo advierte la obra de Cuscuna— en Villalba no se den los afanes menoreros del afamado clérigo. Sin duda, la conversación que Benítez dice haber mantenido con Buchanan le lleva a la citada obra del doctor Cuscuna y, a través de ésta, al conocimiento de Villalba, el espléndido poeta y criminal pedagogo. Pero este caso de que les hablo es sólo un ejemplo entre tantos, y en él el erudito no estima necesario escamotear el nombre verdadero del maestro, seguro como lo está de que el lector no iniciado ignora a su vez la existencia real de Lucas Villalba.

Aun así, con el campo minado, merece la pena informar al lector —fin de cualquier nota crítica— pormenorizando, aunque sin prolijidad alguna; a fin

de que pueda separar el oro de la burla. De tal modo, encontramos la entelequia antologada con el nombre de Paul Chase, y que detrás de ella están los mejores versos de los imagistas de la Gran Guerra y la trágica imaginería contenida de Carl Sandburg; en este supuesto «Chase», la inocencia hortelana de un W. Carlos Williams, por ejemplo, tórnase ingenuidad emocionante por la temática —Guerra Civil española al fondo— de los poemas escogidos. Pero vayamos a por otro: el sujeto que nos presenta con dengues de decadente debilidad monárquica y que atiende por Servando Montes, ridiculizado incluso en su asesinato por el pelotón de fusilamiento que dirigió Gálvez, le sirve para esconder endecasílabos redondos de *El Almendro y la Espada* o abánicos de sensibilidad hiperestésica de *Cui-Pin-Sing*: el gordo Foxá, irreductible neomodernista.

Ángel Ruiz Valle, otro escondite más; esta vez la trinchera se sitúa detrás del poema «El Café», ¿pretende Felipe Benítez Reyes que ese acartonado funcionario, Ruiz Valle, leyó a Fortún? ¿El mismo cagatintas que concursa un agosto tras otro al Premio de la Vendimia? No, desde luego que no. La ética. Ay, la ética, amigos... Hubo un tiempo en que el grupo musical Golpes Bajos pregonaba unos *Malos Tiempos para la Lírica*, es decir, para la honradez, para una ética con la cabeza alta... Avanzan aquellos malos tiempos adentrándose en el nuevo siglo con la serpentina sinuosidad que les permite acomodar la vida a su incuria, o acabar con ella —ya sin careta— bajo cascos de caballos cosacos... Bueno, sin más digresión moral, pero sin abandonar todavía «*l'affaire Ruiz Valle*», no quiero omitir el tole tole de puro escándalo que suscitó entre algunos colegas de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla la cuestión de cómo pudo acceder este individuo, Benítez, al manuscrito del poema blasfemo «Semana Santa» de Juan Sierra? Poema que el bueno de Sierra ocultaba con celo, aunque se lo dio a conocer al comisario Muñoz Boraita —de la Comisaría de Plaza de Curtidores, hoy desaparecida— «por si acaso», como nos decía con su carita de boxeador sonado el bueno de Sierra. A quien esto suscribe desveló el misterio entre lágrimas de rabia la propia familia del poeta: simple robo; el tipo —Benítez— después de sobar un poco el original y encarcerar mucho la necesidad de no airearlo, «el provincianismo, ustedes ya saben, el buen nombre de don Juan», va, lo roba y lo publica. En esos versos el católico y genial poeta sevillano había enriquecido la imaginería del mejor Valle-Inclán. Antes de que vuele para siempre el fantasma de Ruiz Valle, otra desahogada fechoría: coincidiendo con una visita de Felipe Benítez Reyes a la ciudad de Burgos por mor de unas lecturas, desapareció del Museo Histórico de la Villa, en concreto de la vitrina de documentos rotulada «Escuadra de Contrapropaganda de FET y de las JONS», el inexplicable por inédito «El Actor» de Manuel Machado. Ya no cabían diferenciales, ni derivadas, ni coincidencias. *Vidas Improbables* muestra a los ávidos de belleza, con el mayor despar-

pajo, esta rara maravilla, cornalina decadente desgajada de su tiempo.

Continuemos con el desoville. Ocultos en el señuelo *chinois* de la disipada poetisa Amita Lo, en el fragmento 17 del pretendido y único libro —*Étalage*— de esta señorita oriental avecindada en París, están tres versos de Ibn Hazm cuya traducción de García Gómez quedó desgraciadamente sin edición, todo ello según confidencias de un su íntimo de la Real Academia cuyo nombre, por pura lógica no menciono. La única greguería lírica realmente sensible de Ramón está en el fragmento 19 del libro de Amita Lo; o lo mejor de la Generación del 27 en unos versos del fragmento 20. ¿Merece la pena continuar con la relación de semejante expolio?, se preguntará a estas alturas el lector cansado de tanta tropelía. Le invito a seguir, amigo mío: deje el texto, arrellánese en el sillón de orejas y, a sorbos caldeados, beba una copa de *Hennesy* a mi salud. Yo mientras hago a usted otro punto y aparte, y ánimo.

Un malagueño boquerón, supuestamente *né* en el año 39, Rogelio Vega —especie de Eric el belga, aunque en materia poética—, sirve de inútil velo a la astucia e intuición erudita del Sr. Benítez —ya perdida la prudente pudicia que venía manteniendo de no dar los nombres de los verdaderos maestros—; a esta conclusión ha de llegarse cuando trasladada al castellano ce por be las estrofas de la «Oda a los Árboles» de Keats; manuscrito expuesto aún en la casa romana —al final de las escaleras de Piazza di Spagna— donde murió, mísero y hemoptísico, el jovencísimo romántico. La vitrina que expone este original, más bien lo esconde: vergonzoso cajón de sastre en el que se arrebujan cartas sin enviar, facturas de un doctor mesmerista, llaves en bloque de cardenillo, el ejemplar reciente de una *Guide of the birds of Ireland*, etc; esto es, sin criterio museístico alguno, como toda la casa —la palangana del aguamanil del dormitorio es de plástico verdoso, por ejemplo—. Pues bien, en medio de este disloque, de esta *Wunderkammer*, el poema citado, ¡y sin traducción española alguna!, ni de Manent, ni de Girri, ni de nadie... Para calibrar todo el tesoro de acíbar del último Keats, bastan los cinco últimos versos de la traducción de Benítez Reyes, por otra parte, fidelísima. Y de semejante modo la emprende, después de artimañas parecidas, con Leopardi, Dickinson, Eliot... Si hiciéramos un alto en este último caso, el de Eliot, podría tal vez cuestionarse la maestría de «Putney Highgate» —el poema seleccionado— frente al resto de la obra ya traducida; pero también —es una hipótesis— cabe pensar que Felipe Benítez Reyes tal vez se acerque demasiado, en esta traducción concreta, a la *maniera* de Valverde. Pese a este indudable lastre, «Putney Highgate» seguirá fulgurando oscuramente entre lo mejor del agente de seguros universal. Este fantomas del que nos estamos ocupando, el tal Rogelio Vega, se atreve también con el único poema de Bernardo Soares que, de forma poco comprensible, Alianza Tres no incluyó en la estupenda

edición que hizo en su día del *Libro del desasosiego*, constando como consta en el mecanoscrito de la Biblioteca Nacional lusa (ms. 5322-f).

Con todo lo dicho, que ya es bastante, creo que lo que más me dolió fue tener que leer por encima del hombro de un botarate desdichado, «Gonzalo Lerma» —nombre con solera en la narrativa de Benítez Reyes—, el único y último poema —lo escribió tres días antes de su muerte— de Miguel Mihura: «Composición de lugar», o la divertidísima sorpresa de encontrarme de nuevo con «Locus amenus (o el Paraíso de la hache fortuita)» de los olvidados y deliciosos y poquísimos versos que Jardiel Poncela quiso incluir en *La Hez y el Martillo* (1ª ed., Atalaya, 1937, Ávila). Continuemos hurgando en la gusenera: debajo de la cobija de un tal Fonseca, descubre el Sr. Benítez Reyes las coplillas y el diverso arte menor con que Julio Mariscal alegraba su estancia en la finca de los Arenas Bocanegra, en Olvera, escritos como recuerdo y en agradecimiento a esa patricia familia; en estos pequeños engarces de exquisita estirpe popular, se destapa un Mariscal divertido —lejana la triste cotidianidad de Arcos— y hermosamente melancólico en algún pasaje urbano. Sé que el poeta y estudioso arcense Pedro Sevilla hubo de cederlos a Benítez Reyes sin más remedio: «Camorra obliga, camorra obliga», me repetía un Sevilla ido, con los ojos turbios.

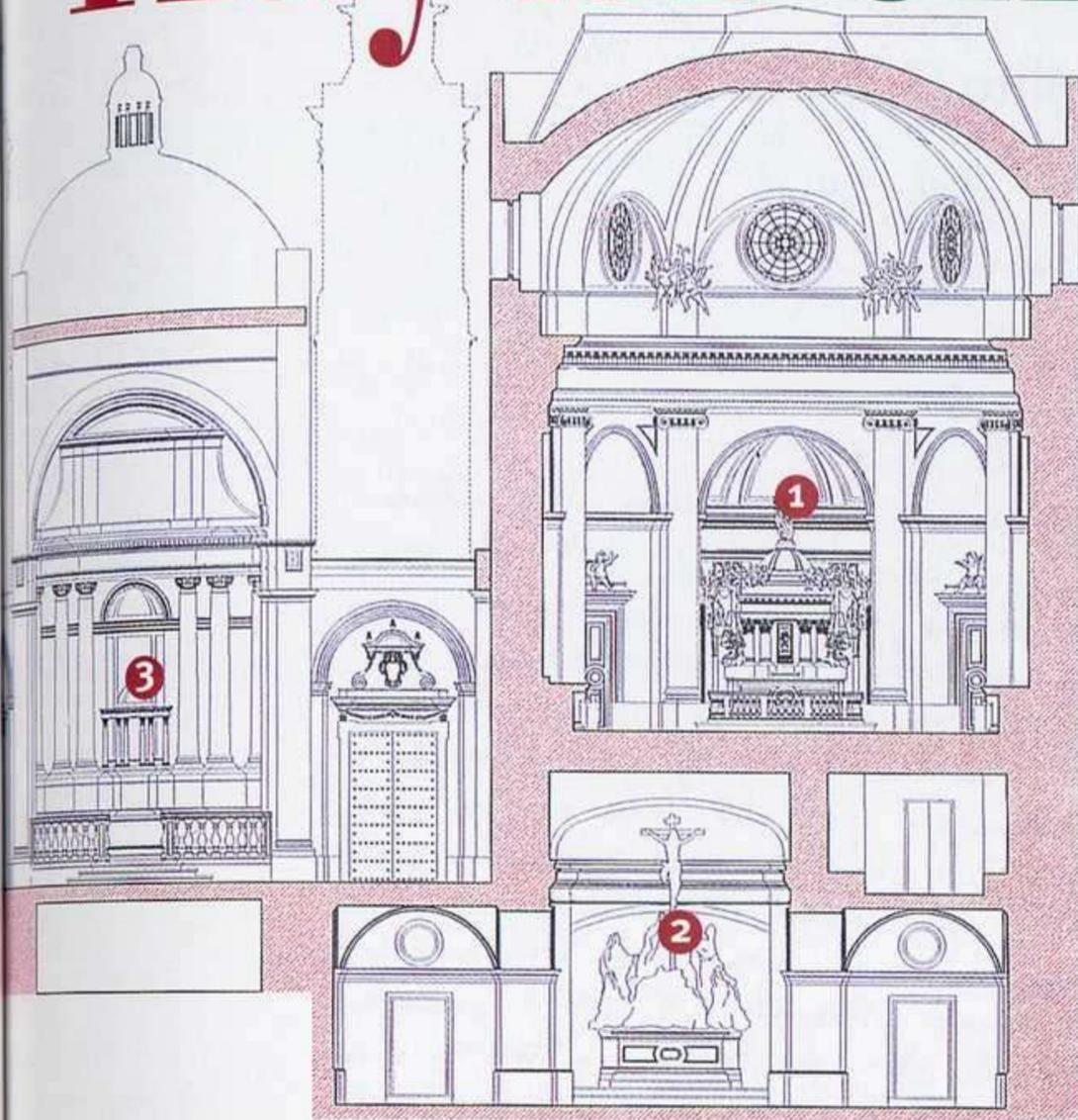
Los dos últimos nombres que Benítez incluye en el tomo van para despistar al lector desavisado, hiriendo deliberadamente y al paso a aquellos que siempre han optado por una poesía diferente, de factura honrada. Allá él: no lo consigue. Como curiosidad vaya el que uno de los poemas atribuidos al majareta Pau Rinkel, el titulado «El caballero», es una transcripción literal de «Gentleman», extraído del *Poems & Lies* de Jim Thompson (ed. de Berkeley University Press, 1975, CA).

En fin que, yendo por delante nuestro abrenuncio al ya casi mítico mafioso roteño, no podemos dejar de agradecerle estos aquilatados diamantes envueltos en la manta de terciopelo negro de sus maestros que, lo queramos o no, son los de todos nosotros. Por eso, esta mistificación seriada de un falsario, este libelo, resulta un libro fatalmente imprescindible.

# Haydn en Cádiz



Con motivo de las obras de restauración de la Santa Cueva y de la Iglesia del Rosario, llevadas a cabo con la colaboración de la Junta de Andalucía y World Monuments Fund España, la **FUNDACIÓN CAJA MADRID** ha organizado un ciclo extraordinario de tres conciertos con "Las Siete Palabras de Cristo en la Cruz", op. 51, compuesta por **F. J. HAYDN** por encargo de la Cofradía de la Santa Cueva.



Sección transversal del conjunto monumental Autor: José Ignacio Fernández-Pujol



**1** Oratorio Alto de la Santa Cueva



**2** Cripta de la Santa Cueva



**3** Iglesia del Rosario

## CUARTETO MOSAÏQUES

Las siete Palabras de Cristo en la Cruz, op. 51

Versión para cuarteto de cuerda, Hob.III: 50-56

Sábado, 31 de marzo de 2001.

## EUROPA GALANTE

Fabio Biondi, director

Las siete Palabras de Cristo en la Cruz, op. 51

Versión para orquesta de cuerda, Hob.III: 50-56

Martes, 3 de abril de 2001.

## LE CONCERT DES NATIONS

Jordi Savall, director

Las siete Palabras de Cristo en la Cruz, op. 51

Versión original para orquesta, Hob.XX/1

Miércoles, 11 de abril de 2001.